
Maricrónica de un viaje al arcoiris

Xabier Lizarraga Cruchaga

Número de vuelo: *144 de Continental*; destino: *Nueva York*. Más de un año deseando y planeando ese viaje (viaje ensombrecido porque Luis Armando, mi pareja desde hace 14 años —incluidas las pausas necesarias— no pudo ir por razones de trabajo: es hombre de teatro y el *show* debe continuar).

Por unas cuantas semanas, en los meses de junio y julio (1994), Nueva York fue la capital del Arcoiris; al llegar a ella, me sumergí en su aire caliente y húmedo, en su febril trepidar.

A los 45 años (24 de los cuales he estado construyendo mi "gayacidad") me dejé seducir e hipnotizar, devorar por Nueva York, del mismo modo como han sido seducidos, hipnotizados y devorados los inmigrantes, los turistas y los vagabundos.

Al recordar y escribir, puedo imaginarme como un niño asombrado, como una mujer pariendo una ilusión y como un anciano catando cada instante; me veo con los ojos abiertos de par en par, deslumbrado por la desmesura que me rodeaba y me invitaba a correr, a gritar, a extraviarme entre la gente, entre los edificios, entre los numerosos idiomas que fluían por todas partes.

La ciudad que nunca duerme, esa ciudad a la que le cantó Federico García Lorca, se volvió el espacio concreto, palpable, de algunos de mis sueños más vertiginosos: cientos de miles de hombres y mujeres homosexuales de todos los rincones de la unión americana y de todas las esquinas del planeta, nos dimos cita en sus calles, en sus bares, en sus museos... en sus entrañas. El grito de Stonewall fue la coartada, el estímulo o la razón de tal desbandada: festejábamos los 25 años de un "¡Hasta aquí!", de un "¡Basta!"; celebrábamos la vida con los Juegos *Gays: Unity 94* (15 000 atletas, varias nuevas marcas mundiales y más de 70 000 locas y marotas abarrotando el Yankee Stadium el día de la clausura);

pretendíamos consolidar nuestro orgullo con la Conferencia Internacional de la International Lesbian and Gay Association (ILGA) y con el Encuentro Internacional de Padres de Homosexuales y Lesbianas.

Recuerdo que en 1966 las calles y avenidas de Nueva York me parecieron caudalosos ríos de ires y venires, ríos de rostros ensimismados, ríos de caracoles con una prisa mecánica; en 1994, esos ríos sonreían lanzando destellos de triángulos rosas, de *lambdas* y de arcoiris; ríos de moños rojos de lucha contra el sida; ríos de sonrisas y de cuerpos deseantes y deseados; ríos de faldas escocesas, bermudas y tangas; ríos de hombres y mujeres envueltos por el cuero negro, por las lentejuelas titilantes, por las gasas apasteladas y los ligeros algodones; ríos de botones y camisetas vociferantes: *Out is in; Nobody knows I'm a fag; Feeling- Absolutely-Gay; I can't even think straight; Keep your laws off my body; I'm not gay but my boyfriend is; The family tree ends here; Why be normal?; Happy homo; Be all that you can be: A Militant Homosexual.*

En la 5a. Avenida, custodiada por los leones de mármol y entre las altas columnas de la Biblioteca Pública de Nueva York, una gran manta (tal vez de cinco por siete metros, no podría precisar) contenía, sobre un fondo gris azulado y oscuro, un cuadrado gris y un triángulo rosa, así como un grito: *Becoming Visible: The Legacy of Stonewall*. En el interior del edificio, una exposición que arrancaba con las manifestaciones de la homofobia: una gran Biblia abierta en el *Levítico*. . . ahí donde nos llaman abominables y nos consideran asesinables; un documento para el Departamento de Justicia de los Estados Unidos, del FBI, fechado el 15 de mayo de 1972. . . se temía que el llamado Movimiento de Liberación Homosexual pudiera poner en peligro la seguridad del país; el reclamo de un militar: "El ejército de los Estados Unidos me condecoró por matar a tres hombres, y me degradó por amar a uno"; todo un mural con grafitis, empleando aquellas palabras que en Nueva York ha usado la gente para denigrarnos (pero que hoy son recuperadas y resemantizadas por nosotros): *fairly, queer, faggot*. . . Más adelante, la exposición recorría momentos, personajes y lugares *gays* de la historia neoyorkina, para concluir con un viaje documental (cronológico) a través de los encuentros y desencuentros que conforman la lucha libertaria de los y las homosexuales de Nueva York.

A poca distancia de ahí, la famosa librería *Brentanos* (como tantas otras librerías en Manhattan), exhibía en sus escaparates la más reciente producción literaria *gay*: ensayos, novelas, teatro, poesía, ciencia,

entretenimiento, historia: John Boswell, el afamado historiador medievalista de la Universidad de Yale, acaba de publicar su última obra: *Same-sex union*, en la que aborda y documenta el tema del matrimonio homosexual en la Europa de los primeros siglos del cristianismo (obra sobre la que el cardenal O'Connors evidentemente no quiso hacer comentario alguno).

A un costado del Central Park, una iglesia de estilo pseudogótico daba la bienvenida a todos los *gays* en ese aniversario...

¡Cómo no iba a abrir uno los ojos de par en par! En la portada de la revista *New York*, una caricatura realizada por un dibujante *gay*, mostraba a un hombre homosexual que no sabía a donde mirar, y viéndose rodeado de *gays* se preguntaba si todo mundo era *gay*. Esa portada, como tantas otras, así como los titulares de primera plana de todos los periódicos del lunes 27 (después de la Marcha del Orgullo *Gay*) me hicieron pensar en este México nuestro, pseudoliberal, pseudodemocrático, miope y solemne, pretencioso y vapuleado, donde todo lo más, los y las homosexuales nos vemos reducidos a un breve comentario al pie de una foto o una imprecisa (cuando no tendenciosa) nota perdida en las hojas interiores de algunos periódicos.

No sólo en Christopher Street, sino en todo Manhattan (e incluso en Bronx, Queens y Brooklyn) la gayacidad permeaba el aire, los espacios, los contactos. Intercambiábamos miradas, sonrisas, palabras y roces entre nosotros y con las vendedoras de las tiendas, con los choferes de los taxis, con los atareados meseros de los repletos restaurantes y con los casi litúrgicos custodios de los museos.

La policía vigilaba la ciudad y cuidaba nuestra seguridad. En el histórico bar del que emergió la convicción de que los espacios también son nuestros, el día 29 dieron una fiesta las y los policías abiertamente *gays* de la ciudad de Nueva York, como acto simbólico de desagravio por el comportamiento homóforo de sus predecesores; a unas cuantas calles de ahí, el día anterior, tres policías le habían llamado la atención a un grupo de travestis que, para no caminar dos cuadras más, se saltaron una pequeña barricada que impedía el paso de los automóviles; los policías, que quizás estaban cansados o no pudieron reprimir su homofobia, no fueron amables, y una de las vestidas se quitó una zapatilla, se la puso frente al rostro a uno de los policías y le preguntó si no habían tenido suficiente hacía 25 años, si querían otra revuelta.

La Marcha del Orgullo *Gay*, epicentro de la gran concentración (se calcula que fuimos alrededor de 1 100 000 marchistas), arrancó de la 1a. Avenida, a la altura de la calle 35, a eso de las 10:30 de la mañana: fue lentamente desplegada la bandera de arcoiris de una milla de largo, y se fue perdiendo en el horizonte; tras ella, marchó el alcalde de la ciudad de Nueva York y parte de su equipo, y después los diversos contingentes: los veteranos (activistas *gays* anteriores a la rebelión de Stonewall y algunos de los que fueron parte de los sucesos de aquellos días de 1969), las naciones (desfilando grandes y pequeños grupos de todo el mundo: españoles, melanesios, chilenos, franceses, holandeses, coreanos, sudafricanos, portorriqueños, alemanes, canadienses, israelitas, etc. etc. etc. —incluido México, con nuestros sombreros de charros, nuestra manta de “J de Corazón” y nuestros desentonados pero entusiastas cantos—); más atrás las vestidas y los transexuales (hombres y mujeres desafiando los estereotipos y los convencionalismos de género), los grupos de lucha contra el sida (reforzando la lucha por vivir), los contingentes de familiares y amigos de *gays* (abuelitas y niños incluidos), los actores de videos porno (muchos de los cuales calzaban botas tipo Olivia —la de Popeye—, y nada más cubría sus cuerpos), los grupos centrados en los derechos civiles (subrayando que todo el movimiento es una fiesta y una batalla de carácter sexo-político), en vehículos especiales los que viven con VIH/sida (festejando la vida). . . y así, un dinámico y turbulento río que se concentró al atardecer en el corazón del Central Park, acompañado por las voces de Sommerville, Liza Minelli, Cindy Loper, Barbra Streisand y tantas otras luminarias, *gays* y compañeros de ruta.

Como todo movimiento, el de liberación *gay* no sólo tiene historia, sino un largo y doloroso antecedente: las culpas grangenosas, las vergüenzas tumorales, las rabias enquistadas y las dolorosas confrontaciones. No todo empezó hace 25 años en el bar Stonewall Inn (hoy New Jimmy’s); pero sí es ahí, y en ese momento, donde y cuando se disparó el movimiento hacia todos los puntos cardinales de nuestra arcoírica Rosa de los Vientos.

Hoy resulta difícil, si no arriesgado, pretender hacer un balance: el movimiento *gay* es el complejo producto de una dinámica llena de contradicciones, de encuentros y desencuentros, de propuestas alternativas que revolucionan el mirar y el hablar, y de atavismos no sólo heredados, sino introyectados en el ánimo. Tal vez nos resulta fácil enumerar los éxitos, pero no satisfactorio; más difícil y menos satisfactorio es analizar

los fracasos. El movimiento *gay* —como el feminista— tiene que atravesar todos los niveles sociales e incidir en cada una de nuestras sensaciones; no se trata de un movimiento horizontal, es y tiene que ser un movimiento vertical que atraviese y fracture el todo social, empezando por aquellas premisas de vida que mamamos de la ideología heterocentrista, adulta, masculina y genésica.

Los festejos de Nueva York nos pudieron llenar de gozo, pero también deben ponernos a pensar en la miopía —cuando no, mezquinidad— con que muchas veces planteamos nuestras propuestas y estrategias sexo-políticas.

Disfruté Nueva York como he disfrutado, en México, cada Marcha del Orgullo *Gay* y cada Semana Cultural *Gay*; pero siempre he sentido la misma rabia: generamos numerosos conflictos por no ver un poco más allá, por no plantear estrategias, momentos y espacios con base en un objetivo específico, y querer solucionarlo todo en todo momento. Sentí rabia por la hegemonía que pretende ejercer la ILGA —llena de buenas y oportunistas intenciones—, que decidió discriminar en el seno mismo del movimiento, excluyendo de la asociación a los grupos de paidófilos, tras el más ramplón y puritano análisis de sus objetivos particulares. Y también me dolió que en el contexto de una celebración mundial, convocada al grito de la palabra *unity*, se dieran dos marchas simultáneas y con diferentes rutas: la oficial y otra de aquellas personas que protestaban por la negativa de la ILGA a aceptar en su organización a los grupos paidófilos. ¿Por qué no programarlas en diferentes momentos? ¿Por qué convertir una marcha mundial, conmemorativa de la rebelión de Stonewall, en una confrontación, en un obstaculizarse y demeritarse mutuamente dos objetivos igualmente valiosos? ¿Por qué tuvimos algunos de nosotros —concretamente *Guerrilla Gay*—, que elegir entre una y otra marcha, si considerábamos necesario defender y sumarnos a una y otra propuesta? ¿Por qué tuvimos que generar violencia ideológica intestina y reducir el sentido sexo-político de cada una de esas marchas a un estúpido enfrentamiento de fuerzas? Con frecuencia en el movimiento confundimos *radicalidad* con *terquedad*, *objetivos* con *resentimientos* y *liderazgo* con *protagonismo*.

¿Quién posee la razón? ¿Qué objetivo es prioritario?

Nueva York fue, por unas cuantas semanas, la capital del Arcoiris; esa bandera que tiene como proclama la convivencia de la diversidad. Sin embargo, a veces pareciera que queremos convertirla en un paño de

color indefinido, donde los matices vuelvan a confundirse y a negarse mutuamente. Veinticinco años después de una revuelta espontánea, hija de la rabia y del hartazgo de la opresión, hemos visto emerger por todo el planeta el orgullo *gay*. Flores aún tímidas muchas veces, frecuentemente aplastadas por el monolítico peso de esa gran mayoría de hombres y mujeres homosexuales que aún habitan la culpa y la vergüenza, rezumando al interior de sus clósets de homofobia aprendida en nuestras casas, en nuestras escuelas y en nuestras iglesias.

La conmemoración de Stonewall 25 fue una fiesta florida, pero numerosas flores fueron pisoteadas por nuestra aprendida incapacidad de conciliar estrategias, demandas y objetivos. La gran fiesta del Orgullo *Gay* se expandió por toda la ciudad de Nueva York, pero se dejó permear por la discriminación. Aferrados a nuestras míticas verdades personales, cada uno de nosotros miraba al otro con una sonrisa y con un triste gesto de desconfianza.

Número de vuelo: *147 de Continental*; destino: *Ciudad de México*. En el aeropuerto de Newark tuvimos que esperar que el clima permitiera despegar . . . todos los vuelos estaban demorados. Durante cuatro horas largas contemplé el ir y venir de numerosos pasajeros, la mayoría cansados, irritados. La explosiva gayacidad que cubrió como una escarcha a Nueva York, se disolvía poco a poco. La fiesta había terminado; resurgía la realidad más cotidiana. Yo regresé a México con una sonrisa eufórica y muchas dudas, impregnado de emociones contradictorias: he abonado mi ilusión y he podado algunas fantasías.